Voices of Sisters
Spirituality



"El sexto grado de humildad [de san Benito de Nursia] nos dice que no alberguemos expectativas. 'Conténtate con el trato más bajo y servil', dice. Y ahora podría añadir, como resultado de mi experiencia neoyorquina, que la vida sin expectativas es un lugar mucho más feliz. (Foto: Unsplash/Will Swann)



Sr. Joan Chittister

View Author Profile

Follow on Twitter at @joanchittister



Translated by Sr. Carmen Notario

View Author Profile

Join the Conversation

July 17, 2024

Share on BlueskyShare on FacebookShare on TwitterEmail to a friendPrint

Mientras el mundo que nos rodea nos empuja por todos lados a más y más —acumulando las baratijas del momento, quedando atrapados en la marea desgarradora de la competencia que conlleva conseguir esas cosas—, simplemente mantener el ritmo se vuelve agotador. Los hombres buenos sucumben a horas extra de trabajo que pagan todos esos signos de privilegio. Las mujeres buenas asumen otro nivel más de responsabilidad pública hasta que les queda muy poco tiempo para disfrutar realmente de todo ello. La vida entera se convierte en una prueba de estrés.

¿Por qué alguien cae en ese tipo de autoflagelación? Porque bajarse de un caballo salvaje es tan peligroso como subirse a él.

Por eso, la llamada a la humildad de esta semana, el programa de desarrollo espiritual de Benito de Nursia del siglo VI, parece un modelo de desastre social. Al mismo tiempo, bien puede ser una de sus mayores contribuciones a la salud mental en el mundo moderno. Es un antídoto contra el efecto aplastante de la presión, contra el semillero de la envidia, contra la insatisfacción continua y subyacente con uno mismo.

> "El poder del sexto grado de la humildad [de san Benito de Nursia]: su sencilla invitación a unirse a la raza humana. Sin ganancias. Sin expectativas que puedan parecer elevadas, pero que al final nos comen el corazón": Hna. Joan Chittister
>
> Tweet this

El sexto grado de humildad es muy sencillo. Dice así: "El sexto grado de humildad consiste en que nos contentemos con el trato más bajo y servil". Esto es lo que llaman "una declaración contracultural", si es que alguna vez he oído alguna. En este mundo, incluso los niños pequeños se ven impulsados a triunfar, a ser elegidos, a ser vistos como 'fuera de serie', antes incluso de saber que hay algo por lo que deban competir. Y si lo consiguen, empiezan a esperar el protagonismo que ello conlleva.

Por otro lado, los adultos viven emocionalmente marcados toda su vida porque nunca ganaron tanto dinero como sus primos. La mujer que nunca consiguió el ascenso y la placa de latón vive marcada por el dolor de ser solo una mujer. Está claro que la proclamación del sexto grado de humildad es seguramente uno de los truenos más cortos y sonoros de desprecio público por las ruedas giratorias de las jaulas de roedores que la sociedad contemporánea haya conocido jamás.

Serie sobre las reglas de humildad de san Benito

La Hna. Benedictina Joan Chittister está utilizando la Regla de San Benito para explorar la cuestión de la ruptura institucional desde una perspectiva formada hace más de 20 siglos y la visión del hombre que se propuso restaurar el corazón de la empresa humana. Aquí están las columnas hasta ahora:

- Introducción: *Cómo salvar de nuevo a la civilización occidental*
- Primer grado: *Arreglarlo todo: primero, dejar que Dios sea Dios*
- Segundo grado: *Nuestras diferencias marcarán la diferencia en nuestro futuro*
- Tercer grado: *Escuchar a los encargados de nuestro crecimiento*
- Cuarto grado: *La sociedad se beneficia del poder de la paciencia*
- Quinto grado: *La autorrevelación que nos hace nuevos 'de nuevo'*

Día tras día, los informes de los medios de comunicación asombran: Un miembro del gabinete espera volar en el avión del presidente. El secretario del Tesoro espera llevarse a su nueva esposa de segunda luna de miel a Europa. Los obispos de la Iglesia se sitúan por encima de la ley y esperan salirse con la suya. El presidente se burla de quienes no le aplauden o destituye a quienes no le dan los consejos que desea. Los personajes públicos de todo el mundo hablan constantemente de su poder, de su éxito, de sus expectativas reales.

Al fin y al cabo, si la vida no consiste en placas honoríficas, beneficios y aclamación pública, ¿de qué se trata? Todo el esfuerzo extra, todos los contactos útiles, toda la red de contactos continua, toda la inversión inteligente, toda la captación de la atención pública, ¿con qué propósito si no es coleccionar baratijas y ser preferido?

O dicho de otro modo, el día en que tú y yo dejemos de esperar ser preferidos, obtener favores y sentirnos superiores, ¿qué nos queda en la vida por lo que preocuparnos?

El poder del sexto grado de la humildad reside en su sencilla invitación a unirse a la raza humana. Sin adornos. Sin ganancias. Sin expectativas que puedan parecer elevadas, pero que al final nos comen el corazón.

Hace años, cuando era una monja novata y, a decir verdad, estaba encantada de haber sido 'elegida' para un puesto tan elevado —significara eso lo que significara—, nos enviaron a Nueva York a una especie de reunión profesional. Una de las ventajas del evento era una noche libre para pasear por el centro de Manhattan y comer en Broadway, en un restaurante neoyorquino. Ya me habían dicho a qué restaurante ir y, sobre todo, "que fuera pronto porque se tarda mucho en conseguir sitio".

No fue difícil encontrar el sitio. La cola hasta la puerta daba la vuelta a la manzana. "Ya está", pensé. "Nunca entraremos". Y de repente, un camarero apareció de la nada y me hizo señas a mí y a las tres hermanas que me acompañaban para que nos pusiéramos al principio de la cola, nos sentáramos junto a la ventana y esperáramos a otro camarero. Más tarde supe que a las monjas siempre las sacaban de la cola y las llevaban a la entrada.

Fue un momento importante en mi vida. Acababa de aprender lo que significa tener 'expectativas' y, varios años después, cuando volvimos de nuevo, aprendí lo desgarradoras que pueden llegar a ser las expectativas. Entonces no llevábamos uniformes medievales, sino ropa normal y corriente. Ningún camarero vino a sacarnos de la cola para llevarnos a una mesa. Esperamos fuera durante mucho, mucho tiempo. Fue esa espera la que me enseñó más sobre Jesús que el mismísimo catecismo.

El sexto grado de humildad nos dice que no alberguemos expectativas. "Conténtate con el trato más bajo y servil", dice. Y ahora podría añadir, como resultado de mi experiencia neoyorquina, que la vida sin expectativas es un lugar mucho más feliz.

Cuando no consigo un sitio en la mesa principal, descubro que la comida del fondo de la sala es igual de buena que la de delante y que la gente que me rodea está mucho más relajada. Si no estoy esperando a que me asciendan a algo, puedo concentrarme en mi trabajo y hacerlo bien, no porque vaya a recibir una prima por hacerlo, sino porque me encanta hacerlo. Y eso es suficiente recompensa. Si tengo que esperar en la cola del supermercado para que una joven cansada con tres hijos pueda moverse un poco más deprisa para pasar por caja, tengo un par de minutos extra para quedarme de pie y disfrutar del momento de tranquilidad. Si no me eligen presidenta de la celebración del aniversario, lo único que tengo que hacer es ir y disfrutar de la noche sin preocupaciones.

Advertisement

La cuestión es que, como no tengo expectativas de preferencia o estatus, de servicio especial o aclamación pública, no puedo sentirme herida. No me siento ignorada porque no me he jugado el corazón por un premio. No puedo fracasar porque no compito por nada. En cambio, puedo alegrarme de la buena suerte de los demás. No estoy insatisfecha con mi posición en la vida. Nunca estoy decepcionada por nada. Estoy satisfecha.

Desde mi punto de vista, la oportunidad de estar satisfecha con la vida es uno de los mayores regalos de la vida. Entonces puedo ser simplemente quien soy y en donde estoy, ni más ni menos. Entonces toda la agitación desaparece. No espero nada, excepto más vida de la que aprender, a la que dar y por la que estar agradecida.

Desde el sexto grado de humildad, aprendo que la insatisfacción con la vida proviene tanto de mi interior como de cualquier cosa que ocurra a mi alrededor. Renuncio a toda pretensión de preferencia y favor especial y nunca más me siento decepcionada.

Nota: *Este artículo fue publicado originalmente en inglés el 10 de abril de 2019.*